



Facultad de Filosofía y Letras
Departamento de Filología

“Presencias literarias en la U.C.A.”.
Jueves 29 de marzo de 2001.

LUIS MATEO DÍEZ

En el mundo hay países que no se ven pero sin duda existen: no se sabe bien de dónde o cómo salen, pero tienen mucho que ver con los Estados Pontificios porque los suyos son poderes espirituales. El país que hoy nos visita en la persona de Luis Mateo Díez viene en son de paz, pero no hay que fiarse: en son de paz se han perpetrado muchas invasiones, y los poderes espirituales ya se sabe que son muy expansivos.

De Mateo Díez como sujeto histórico en realidad no se conoce mucho. Nació en Villablino, provincia de León, en 1942, y allí permaneció hasta los doce años. Luego con su familia se trasladó a León capital, donde vivió hasta la época de los estudios universitarios: cursó Derecho primero en Madrid y terminó la carrera en Oviedo. Desde 1969 reside en Madrid, donde lleva una existencia tranquila de funcionario municipal, padre de familia y escritor por vocación y gusto. Hombre afable, discreto y cortés, no frecuenta las tertulias radiofónicas, los saraos televisivos o los shows planetarios, pero no debe de ser tan inofensivo como parece si tenemos en cuenta que:

- 1) hace tiempo está fichado (junto con otros como Juan Pedro Aparicio y José María Merino) en un lobby de narradores que llaman “el grupo leonés”,
- 2) publica con asiduidad en Alfaguara (aunque no sólo),
- 3) se ha beneficiado de premios de novela muy importantes (tanto *La fuente de la edad* (1992) como *La ruina del cielo* (1999) recibieron el Premio Nacional de Literatura y el Premio de la Crítica),
- 4) es miembro del poderoso cónclave de la Real Academia Española de la Lengua y,
- 5) fuentes de reconocida solvencia dicen que forma parte del canon de la novela española postmoderna, que es esa que desde los años 80 recupera el gusto por narrar historias (una taracea de relatos entrelazados, en su caso), lo hace con unas técnicas entre muy antiguas y muy modernas y además con un estilo regido por la poesía, tanto por la calidad de las palabras como por el hecho de que sus ficciones se ponen del lado de la metáfora y el símbolo, con lo que, siendo un hombre de provincias, se ha atrevido a crear una geografía imaginaria que no es costumbrista sino directamente universal. Para que se hagan una idea, este individuo es de la cuerda que va de Cervantes a Álvaro Cunqueiro pasando por Valle-Inclán -sin desdeñar la picaresca ni a Pío Baroja-, y, de los extranjeros, se le atribuyen afinidades con William Faulkner o, más recientemente, con el Juan Rulfo de *Pedro Páramo*.

Si el sujeto histórico Luis Mateo Díez es, como parece, un poder en la sombra, sus pecados, en cambio, son públicos, notorios y hartos variados, porque van de la poesía, pasando por la crónica, las memorias de infancia, el ensayo y la creación de textos apócrifos, al relato

de toda hechura (microcuento, cuento, novela corta, novela y novela larguísima). No miento. He aquí las pruebas:

- 1) Primer dossier. Poesía. Entre 1963 y 1968 Luis Mateo Diez publica, con otros amigos, la revista *Claraboya*, que militó contra el realismo social pedestre y también contra la vacuidad culturalista, surrealizante y pop de los novísimos. El resumen de aquella empresa dio lugar, en 1971, al libro colectivo *Equipo Claraboya. Teoría y poemas*, y un año después, en el 72, Mateo Diez publicó el que hasta la fecha es su único poemario, *Señales de humo*.
- 2) Segundo dossier. Cuento. Cuentos son los que integran los volúmenes *Memorial de hierbas* (1973), *Brasas de agosto* (1989) y *Los males menores* (1993). Luego están, entre otros como *La mano de tiza* (1997), los que se incluyen en el volumen antológico *El pasado legendario* (2000), y nos consta que este año se dispone a sacar un compendio de microrrelatos bajo los auspicios de Fernando Valls.
- 3) Tercer dossier. Novelas cortas. Lo son los dos relatos de cuño legendario del *Apócrifo del clavel y la espina* (1977), más los tres que el lunes que viene van a aparecer con el título de *El diablo meridiano*. Y a caballo entre la novela corta y la novela se sitúa *La mirada del alma* (1997).
- 4) Cuarto dossier. Novela. *Las estaciones provinciales* (1982), *La fuente de la edad* (1986), *Las horas completas* (1990), *El expediente del naufrago* (1992), *Camino de perdición* (1995), *El espíritu del páramo* (1996), *El paraíso de los mortales* (1998) y *La ruina del cielo* (1999).
- 5) Quinto dossier, donde rompe los moldes ortodoxos de los géneros con libros que oscilan entre la ficción, la crónica, la memoria y el ensayo. Aquí situamos *Relato de Babia* (1981), homenaje a esta mítica región leonesa; *Días del desván* (1997), bellísima colección de estampas autobiográficas sobre fondo de infancia, pueblo y posguerra; y *El porvenir de la ficción* (1999), seguido de *Las palabras de la vida* (2000), donde mezcla reflexiones sobre literatura y poética, recuerdos personales y también ficciones.
- 6) Sexto dossier. Apócrifos en comandita. Hasta la fecha dos. Primero, el *Parnasillo provincial de poetas apócrifos que recopilan y dan a la imprenta los también poetas provinciales Agustín Delgado, Luis Mateo Diez y José María Merino* (1975), y segundo, *Las cenizas del Fénix* (1985), conjunto de artículos donde Juan Pedro Aparicio, Luis Mateo Diez y José María Merino dieron vida al alimón, con la complicidad de Manuel Andújar y la aquiescencia de Ricardo Gullón, a un supuesto profesor exiliado llamado Sabino Ordás, a través del cual denuncian tanto los excesos del socialrealismo como los del experimentalismo huero, y defienden la sabiduría y la potencia fabuladora de los narradores tradicionales, entre otras muchas cosas.

- 7) Y séptimo. Ustedes dirán: bueno, se salvará el autor porque, al menos, no ha cometido pecado teatral. Falso, amigos. Una versión libre de la *Antígona*, de Sófocles, está incluida en *La ruina del cielo*, que es novela poemática donde hay de todo.

¿De dónde le viene a este hombre semejante compulsión grafómana, o, como diría Pío Baroja, cuál es su fondo sentimental? Sin ánimo de exhaustividad, conviene retener estos datos como fuentes de una memoria deformante que, tal la piedra filosofal, transforma en literatura todo lo que toca:

- 1) Un niño que “escuchaba en silencio, y escuchaba el silencio”, un niño impresionable y sentimental fascinado por los ritos gregarios de la cultura campesina de tradición oral del Noroeste de la Península (aquellos filandones donde en invierno los vecinos se reunían para contar historias -cuentos, leyendas, anécdotas, extraños sucesos...-), fascinado por tres tíos camales (Muralda, Esteban y Luciano) que eran raros, por los charlatanes de feria, por los viajeros de comercio, por el fulgor nocturno de la nieve, por el desván donde se almacenaban los libros prohibidos, por la orgía de épica y lágrimas que le supuso la lectura de *Corazón*, de Edmundo de Amicis. Un mundo infantil, en fin, donde el asombro y la maravilla, la sabiduría y la diversión tenían la forma y el prestigio de la palabra.
- 2) Un tiempo de carestía y miedo: tiempo de posguerra, duro para el campo y duro en las ciudades de provincias, que flotaban en un marasmo gris de atraso y mediocridad donde parecía imposible todo sueño. Donde todo sueño llevaba la marca de la extravagancia. Donde toda extravagancia podía colindar con la locura.
- 3) Un descubrimiento, ya en el ámbito urbano y en los años del fervor contestatario estudiantil -no se olvide que pertenece a la generación del 68-, de que lo que se había dejado atrás no era sólo la infancia personal sino también esa infancia de la humanidad que está representada por las culturas rurales donde la tierra se funde con el mito. Y la certeza de que aquel León multiseccular en pocos años ha desaparecido para siempre.
- 4) Un descubrimiento, en fin, de que el misterio acecha en cualquier lugar, bajo cualquier forma, y muy particularmente en los antros siniestros (polvorientas oficinas o sórdidas pensiones) que pudieron ser guarida de un monstruo o un delicado soñador. Un profundo poso existencial que sería demasiado amargo si el camino de perdición de esos héroes ilusos, curiosos, viajeros y fracasados no estuviera poblado de encuentros luminosos como estrellas y contenido en la piel de un humor que oscila entre el esperpento, el absurdo y la ironía. Sin olvidar algo que el pudor impide casi nombrar: esos momentos o esos personajes aureolados de bondad. Nada encoge ni desvale más el corazón que la bondad pura.

Ésta es, más o menos, la rosa de los vientos que rigen el país de Luis Mateo Diez. ¿Y cómo es su país, qué significa? No se puede resumir a la ligera, pero creo que se harán una idea si leo aquí un microcuento que se titula “El pozo” y dice así:

Mi hermano Alberto cayó al pozo cuando tenía cinco años.

Fue una de esas tragedias familiares que sólo alivian el tiempo y la circunstancia de la familia numerosa.

Veinte años después mi hermano Eloy sacaba agua un día de aquel pozo al que nadie jamás había vuelto a asomarse.

En el caldero descubrió una pequeña botella con un papel en el interior.

“Éste es un mundo como otro cualquiera”, decía el mensaje.

Y aquí debo callar, porque de lo que hay en el fondo del pozo quien mejor puede hablar es Luis Mateo Diez, su verdadero padre y mejor nuncio. Me basta con haberles avisado y prevenido: viene en son de paz, pero es particularmente peligroso. En estos días hollywoodenses de “Gladiator”, es justo y necesario saludarle: “Buenas tardes, Luis Mateo Diez; los que se disponen a caer en tu pozo, te saludan”.

Ana-Sofia Pérez-Bustamante Mourier
Universidad de Cádiz